

todos en ti esperan, Señor, y tú les das su comida en tiempo oportuno». En ti esperamos, Señor, que nos des pan substancial, del cual Tú nos hablas en la oración del Padre nuestro y por aquel inmenso amor que nos tienes, nos le concedes cuando con sincera humildad nos postramos ante tu acatamiento junto á la mesa Eucarística. La prueba de que la Eucaristía es la comida á que se refiere el profeta, está en el general sentir de la Iglesia, pues como afirma el V. P. Scio, (1) «la Esposa del Cordero aplica estas palabras á aquella celestial comida propia de los fieles, que es la divina Eucaristía».

Concluyamos este capítulo bendiciendo al Señor, á imitación de David: (2) «*Alaba ó Sión al Señor que puso por tus términos la paz y de grosura de trigo te harta*»; palabras que forman una perfecta alegoría del venerable Sacramento, porque según S. Agustín, (3) «este divino trigo es el pan que descendió del cielo, al que sólo percibimos por la fe, mas después le veremos como es en sí». Titelman (4) nos exhorta á que por este trigo recibamos el delicadísimo Cuerpo y Sangre de Cristo: y como añade el doctor útil: (5) «Este sagrado texto se cumple en la Eucaristía, que se confecta con pan de trigo, y es una refección espiritual». Mas pasemos al siguiente capítulo, para observar lo que declara el real profeta acerca del sacerdocio de Cristo.

(1) Com. in Ps. cit.

(2) *Lauda Sion... qui posuit fines tuos pacem et adipe frumenti satiate.* Ps. 147, 3.

(3) Aug. in Ps. cit.

(4) In r. s. cit.

(5) Lira. loc. cit.

CAPÍTULO XI

El Sacrificio eucarístico y algunas otras especiales dotes de la Eucaristía predichos en los Salmos.

Una religión cuyo sacerdote y cuya víctima se hallen vinculados en un mismo sujeto, es digna de toda veneración. Pero sólo existe una religión que goza de semejante privilegio, y ésta es la única verdadera: es la Católica. Anunciado su real sacerdocio por los profetas, y realizado en el tiempo por Aquél que puede predecir y cumplir lo que vaticina, nuestra sacrosanta Religión se sobrepone á todas las falsas sectas, pues su altar, su víctima, su sacerdote y su culto, sin contar las demás sublimes prerrogativas que posee, lo acreditan. Si fuésemos á declarar como es debido las bellezas de cada una de estas prodigiosas manifestaciones, particularmente las de la víctima, quedaría nuestra lengua impedida para articular palabra y paralizada nuestra pluma para trazar sus primores; pero lo que nosotros no podemos, lo puede Dios por medio de sus Divinas Escrituras. En éstas se halla claramente descripta la hermosura de nuestra víctima y Sacerdote principal, Cristo Jesús, y en pocas palabras nos patentiza admirablemente, lo que nosotros en muchas, apenas podríamos llevar á cabo con ruindad y bajeza. Veamos, pues, lo que nos enseñan las sagradas Letras, respecto á este punto.

Engrandeciendo David los beneficios que había recibido

del Señor, y hablando en nombre del futuro Mesías, exclama, dirigiéndose á Dios Padre: (1) «*Sacrificio y ofrenda no quisiste, mas me formaste orejas perfectas. Holocausto y Hostia por el pecado no demandaste. Entonces dije: He aquí que vengo. En la cabeza del libro está escrito de mí: Para hacer tu voluntad. Dios mío, quíselo y tu ley en medio de mi corazón. Anuncié tu justicia en la Iglesia grande, y no detendré mis labios: Señor, tú lo sabes*». He aquí una brillante profecía del Sacerdocio y de la víctima de la Nueva Ley. Empieza nuestro adorable Salvador por manifestar á su Eterno Padre, que ya que no recibía Éste holocaustos perfectos, porque no podía admitir los de los hebreos, le admitiese á Él para ser el sacerdote y la víctima eternos: y añade: «*Me formaste orejas perfectas*», lo cual concuerda con lo que dice más abajo: «*Para hacer tu voluntad*»; esto es: que Jesús tuvo sus oídos tan preparados para oír y ejecutar al instante lo que su Padre le mandaba, que en esto cifró su mayor recompensa, por cuya razón, dice Nicolás de Lira, que (2) «*Jesucristo tuvo los oídos perfectos, para obedecer á Dios Padre hasta la muerte*».

Prosigue el salmista: «*En la cabeza del libro está escrito de mí: Para hacer tu voluntad*». ¿Cuál es este libro? Es el de la divina predestinación, del cual dice Jesucristo por el citado salmista: «*Sean borrados los que me atribulan del libro de los vivientes*». (3) Pero bien; en el principio de este libro eterno está escrito que Jesucristo había de cumplir en todo la voluntad de su Padre, y como el Padre deseaba que su Hijo se encarnase y fuese la Hostia que para siempre se ofreciese en el altar, de ahí que el Verbo Divino diga conformado: «*Dios mío, quíselo y tu ley está en medio de mi corazón*». No dice meramente en su corazón, sino en

(1) Sacrificium et oblationem noluisti: aures autem perfecisti mihi. Holocaustum et pro peccato non postulasti. Tunc dixi: Ecce venio. In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam. Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis mei. Annuntiavi justitiam tuam in ecclesia magna. Ecce labia mea non prohibebo: Domine tu scisti. Ps. 39, versículos 7, 8, 9, 10.

(2) Lira in Ps. 39.

(3) Lira.

medio de mi corazón, para dar á entender que la ley, los mandatos y hasta los deseos de su Padre estaban arraigados fuertemente en su alma santísima.

«*Anuncié tu justicia; esto es*»: la ley evangélica que contiene la justicia perpetua, (1) «*en la Iglesia grande*», á saber: en el universo mundo por medio de los apóstoles y predicadores; pero esta Iglesia grande es particularmente la de los gentiles en la que están reunidas todas las naciones y es por excelencia grande, según comenta el Padre Scio. (2) «*He aquí que no detendré mis labios*», según lo verificó Jesús cuando, estando en carne pasible, predicaba los dogmas de su Religión divina, ante los hombres de todo sexo y condición.

Hay un salmo, empero, cantado diariamente por la Iglesia, en el que se anuncia la Divinidad, el Sacerdocio y el Reino de Jesucristo. En el primer salmo de vísperas, dice así el 5.º verso: (3) «*Juró el Señor y no se arrepentirá. Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melchisedech*». ¿Qué podíamos añadir aquí nosotros, que no esté redactado, ora en las Escrituras divinas, por S. Pablo, quien forma sobre este verso el primer bellissimo comentario, ora también por los Santos Padres y doctores católicos? A la verdad, el Apóstol prueba, en su carta á los hebreos, que Jesucristo es á quien se han dirigido aquellas sagradas palabras, y que en Él igualmente se cumplieron. Necesario sería transcribir á la letra cuatro capítulos que emplea el santo apóstol para hacer ver que el Hijo de Dios es el sacerdote eterno, si quisiéramos aducir todas sus gravísimas y autorizadas razones; mas porque después del título de «*los Evangelistas y la Eucaristía*», hemos de ocuparnos de la «*Eucaristía y los Apóstoles*,» procuraremos desenvolverlo entonces con la extensión que requiere.

«*Juró el Señor y no se arrepentirá*». Dios Padre or-

(1) Lira in Ps. 33.

(2) In Ps. cit.

(3) Juravit Dominus, et non poenitebit eum: Tu es Sacerdos in æternum, secundum ordinem Melchisedech. Ps. 109.

denó desde *ab æterno* que su Hijo debería ser el principal sacerdote de la ley de gracia, y por eso dice que «*juró*»; mas añade: «*y no se arrepentirá*», es decir: no mudará su decreto, porque no es como el hombre que cambia á cada instante de parecer; y así enseña S. Agustín que: (1) «En Dios no cabe penitencia alguna, porque sabe lo que hace y no muda su consejo». Pero, ¿qué es aquello de lo cual nunca se ha de arrepentir? De lo que más abajo añade: «*Tú eres sacerdote eternamente*». Por cuya razón dice S. Pablo, que (2) «Jesús es llamado por Dios, Pontífice según el orden de Melquisedech». Jesucristo, empero, es eterno, porque su sacrificio había de ofrecerse siempre por ministerio de los sacerdotes secundarios, que son los presbíteros. (3) Es eterno, porque los sacrificios de la ley antigua eran imperfectos, y como tales no podían agradar á Dios, ni perdonaban los pecados, y es por último eterno, porque Jesucristo fué de la tribu de Judá, de la cual no se tomaban los sacerdotes para el ministerio levítico, como lo asegura el Apóstol, cuando dice: (4) «Porque aquél de quien esto se dice, de otra tribu es, de la cual ninguno asistió al altar. Porque manifiesta cosa es que del linaje de Judá nació nuestro Señor, en la cual tribu nada habló Moisés tocante á los sacerdotes.» De donde resulta, que el sacerdocio antiguo quedó abolido al venir Jesucristo. (5) «Y aun esto, se manifiesta más claro si á semejanza de Melquisedech se levanta otro sacerdote: (6) El cual no fué hecho según la ley del mandamiento carnal, sino según la virtud de vida inmortal». De lo cual se

(1) In Deum nulla cadit pœnitentia, scit enim quid agat nec mutat consilium. Ang. in, Ps. cit.

(2) Appellatus á Deo Pontifex juxta ordinem Melchisedech. Apost. ad Hebræos c. 6, 10.

(3) Con. Trid. sess. 22, c. 2.

(4) In quo enim hæc dicuntur, de alia tribu est, de qua nullus altari præsto fuit. Manifestum est enim quod ex Juda ortus sit Dominus noster: in qua tribu nihil de sacerdotibus Moyses locutus est. Apost. ad Hebr. 7, vv. 13, 14.

(5) Et amplius adhuc manifestum est: si secundum similitudinem Melchisedech exurgat alius sacerdos. Apost. ad Hebr. 7, vv. 13, 14.

(6) Qui non secundum legem mandati carnalis factus est, sed secundum virtutem vite insolubilis. Apost. ad Hebr. 7, 16.

deduce, que si por medio de David, reconocido por los judíos, Dios dice á su hijo: «*Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedech*»; como éste prefiguraba la eternidad de Cristo por aquello de S. Pablo: «sin padre, sin madre, sin genealogía», que ni tiene principio de días ni fin de vida; y como Jesús es eterno por naturaleza, resulta que su sacerdocio es eterno. No fué Jesús hecho sacerdote según el mandamiento de la ley carnal, porque según esta ley, los sacerdotes antiguos debían sucederse en el ministerio sacerdotal, de padres á hijos, los cuales eran mortales. Ahora bien: la Escritura nada refiere de los padres de Melquisedech, ni de su origen, ni de su fin y muerte, ni de su antecesor y sucesor en el sacerdocio; y aunque no es de creer que Melquisedech dejara de tener padres, ni dejara de morir, no obstante, Moisés calló misteriosamente todas estas circunstancias con el fin de darnos á conocer la semejanza del sacerdocio de Cristo con el de Melquisedech, el cual simboliza á Jesús en el modo de no morir y de no sucederle otro en el sacerdocio, y por lo tanto en su sacerdocio eterno.

Respecto á las palabras, «*según el orden de Melquisedech*», suministra S. Pablo otra prueba que evidencia la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre todos los demás sacerdotes. En efecto: después que Abraham salió victorioso de la batalla que dió contra Codorlahomor, después que fué bendecido por Melquisedech, pagó á éste el diezmo de todas las cosas, reconociendo en él el ministerio de rey de justicia y de rey de paz, que lo significaba Salem, de donde era príncipe, por lo cual dice el apóstol: (1) «Considerad, cuan grande sea éste, á quien aun el patriarca Abraham ofreció diezmos de las mejores cosas». Como si dijera: Si Abraham que era patriarca de los creyentes, patriarca por excelencia, pues lo era de las doce tribus y aun de muchas naciones, concedió el diezmo de las mejores cosas á Melquisedech; ¿cuál no será la dignidad de este personaje? Estaba orde-

(1) Intuemini autem quantus sit hic, cui et decimas dedit de præcipuis Abraham patriarcha. Apost. ad Hebr. 4.

nado que los sacerdotes de Leví tomasen los diezmos del pueblo, y de esto deduce el Apóstol que tales sacerdotes recibían su manutención de una clase más inferior que la suya; pero Melquisedech la recibió de Abraham. Además, los sacerdotes de Leví pagaron igualmente los diezmos á Melquisedech por medio de Abraham del cual descendían, quien los satisfizo por toda su descendencia cuando los dió á Melquisedech; ahora bien: Melquisedech es figura de Jesucristo: luego Jesucristo recibió semejantes diezmos en la persona de Melquisedech. De lo cual podemos inferir con S. Juan Crisóstomo la preferencia de que goza el sacerdocio de Melquisedech al de Leví y por consiguiente el de Cristo, al de los levitas.

Mas no interrumpamos los vaticinios del profeta rey. En el salmo 19 inserta estas palabras: «*Tu holocausto sea pingüe*»; expresiones que convienen al sacrificio de nuestros altares. En efecto; no habiendo víctima más pingüe que la del Cuerpo y Sangre del Señor, resulta que por este pasaje pide el profeta que ofrezcamos al Altísimo el holocausto agradable de lo que nos dejó por Testamento. Que este verso designe el sacrificio de la Misa, se confirma por otras palabras anteriores á él, pues dice el profeta: «*Tenga el Señor, en memoria todo tu sacrificio*»; es decir: el sacrificio que tu has de ofrecer, lo tendrá el Señor presente para socorrerte en tus tribulaciones; por lo cual dice Casiodoro (1) que «David, por este verso, preveía el Sacrificio, no de animales, sino del Cuerpo y Sangre de Cristo»; y Nicolás de Lira (2) añade: Tenga el Señor en memoria todo tu sacrificio, esto es: «el del Sacramento de la Eucaristía ofrecido por tí; por lo cual se dice bien, *todo sacrificio*, pues contiene eminentemente la virtud de todos los sacrificios».

Esto mismo preceptúa el real profeta en otro lugar de los

(1) Sacrificium Ecclesie prævidebat non pecudum sed sanguinis et corporis Christi. Cassiod. in Ps. cit.

(2) Sacramentum Eucaristie oblatus pro te. Quod bene dicitur omne sacrificium quia continet eminenter virtutem omnium sacrificiorum. Lira, in Ps. cit.

salmos: (1) «*Sacrifica á Dios sacrificio de alabanza*», entendiendo S. Juan Crisóstomo por este sacrificio el de la Eucaristía que se ofrece á toda la beatísima Trinidad, la cual se expresa aquí claramente, como expone Teodoreto (2).

Semejante mandato lo repite Dios en el mismo Salmo diciendo: (3) «*Sacrificio de alabanza me honrará*». (4) «Aquí, dice Lira, se describe consiguientemente la estabilidad del sacrificio de la nueva Ley, por lo que se manda la inmolación de este sacrificio»; acerca de lo cual se ha de saber que, al instituir Cristo el Sacramento de la Eucaristía, mandó á un mismo tiempo la práctica de este sacrificio según lo expresó por S. Lucas: «Este es mi cuerpo que se entregará por vosotros»; pero nótese que, acto continuo, añadió: «Esto haced en mi memoria»; que es lo que aquí se expresa. Sacrifica á Dios, sacrificio de alabanza, ó con este sacrificio me honrarás, á saber: el Sacrificio de la Eucaristía que se inmola con alabanzas divinas. «*Mas allí estará el camino por donde te mostraré la salud de Dios*», añade también el profeta. Por este camino entiende el P. Scio (5) la salud verdadera y eterna que reside en la Hostia y cáliz consagrados, (6) y en virtud de este sacrificio le mostrará el Señor la salud de Dios, según comenta Nicolás de Lira.

Movido el vate coronado de sentimientos divinos, enseña en algunos de sus salmos los deseos que debemos tener de acercarnos á recibir á Dios, á retribuirle sus infinitas mercedes: á alabarle y á estar confiados y contentos con la posesión del mismo Señor; todo lo cual aplica la Santa Iglesia en la fiesta del Corpus á las incesantes gracias que debemos tributar á Jesús Sacramentado, á sus alabanzas y á su sacramental recepción. En efecto; no hay herencia, por pingüe que sea, que aventaje en calidad de óptima á la del Ser

(1) Immola Deo sacrificium laudis Ps. 49, 14.

(2) Trinitatis venerandum numerum patefecit. Theodoret. in Ps. cit.

(3) Sacrificium laudis honorificabit me, et illic iter, quo ostendam illi salutare Dei. Ps. cit.

(4) Comen. in Ps. cit.

(5) Comen. in Ps. cit.

(6) In virtute hujus sacrificii. Lira in Ps. cit.

por excelencia bueno; por esta causa, para el ser racional, no hay dádiva mejor que Jesucristo. Convencido de esto mismo exclamaba David: (1) «*El Señor es la parte de mi herencia y de mi cáliz*». Mas como dice Nicolás de Lira, esta es la voz de la Iglesia que clama, ser Jesucristo su parte hereditaria; pero añade: «*El Señor es la parte de mi cáliz*»: por este cáliz, aunque los expositores con el citado doctor entienden el de la pasión del Señor, apurado en las tribulaciones por los que se precian de cristianos, sin embargo, el mismo doctor comenta en el sentido moral, aquel cáliz del cual se dice en otro salmo: «*Y el cáliz que me embriaga, ¡cuán excelente es!* á saber: el de la Eucaristía.

Intensamente deseaba David poseer á su Dios, por lo cual prorrumpe devoto: (2) «*A la manera que el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te desea el alma mía, ¡oh Dios! Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. Con voz de regocijo y alabanza, sonido festivo del que está en banquete*». ¡Qué demostraciones de ansiedad y de alegría! La Iglesia nuestra Madre aplica admirablemente estas fervorosas palabras á las almas en cuyos pechos arden vehementes deseos de recibir á Jesús Sacramentado. Pero en boca del sacerdote pone otras, cuando éste empieza el santo sacrificio de la Misa. (3) «*Entraré en el altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud*»; frases que entiende Titelman (4) del siguiente modo: «*Entraré en el altar de Dios, para que asistiendo delante de ti, ¡oh Señor! te ofrezca incesantemente hostias sempiternas, con toda alabanza.*» Y Santo Tomás: «*Entraré al altar de Dios, recibiré á Cristo que renueva mi juventud*», es decir: que me devuelve la santidad primitiva. El espíritu del que se acerca á recibir al Señor Sacramentado, parece angustiarse algunas veces por

(1) Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei Ps. 15, 5.

(2) Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus. Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum. In voce exsultationis et confessionis, sonus epulantis. Ps. 41, vv. 1, 2, 5.

(3) Introibo ad altare Dei: ad Deum qui lætificat juventutem meam Ps. 42, 4.

(4) Ut tibi hostias sempiternas plene laudis coram te assistens indesinenter offeram. Titelm. in Ps. cit.

las imperfecciones ó miserias que reconoce tener en sí mismo; por lo cual exclama con el profeta: (1) «*¿Por qué estás triste alma mía? y por qué me conturbas? Espera en Dios, que lo conseguirás pronto por medio de la Comunión sagrada.*

Y después que le ha logrado, no sabiendo de que manera agradecer una merced sin igual, dice con el mismo David: (2) «*¿Qué retornaré al Señor por todas las cosas que me ha dado? Y se contesta asimismo: «El cáliz de salud tomaré y el nombre del Señor invocaré», el cual «cáliz» puede entenderse de los dos modos que dijimos.*

También el profeta rey, á semejanza de otros santos profetas, pero muy anterior á ellos, (3) da á conocer la santificación de la Iglesia por el Augusto Sacramento que está en medio de ella, y así dice: (4) «*El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios, santificó su tabernáculo el Altísimo; Dios en medio de ella, no será conmovida*». Nicolás de Lira enseña, respecto á este excelente pasaje, que Jesucristo no se apartará de la Iglesia, según aquellas divinas palabras en que fundó su promesa: «*He aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*».

Igualmente Santo Tomás, en el oficio del augusto Sacramento, sobre este verso del profeta: (5) «*Tus hijos como renuevos de olivos alrededor de tu mesa*»; entiende, los fieles que, llenos de virtudes, se apacientan de las carnes del Cordero inmaculado, los cuales se acercan á la sagrada Mesa como al mejor convite.

En suma, todo aquel que practicare lo que el real profeta insinúa en el salmo 1.º, versos 1.º y 2.º, (6) «*Será como*

(1) ¿Quare tristis es anima mea et quare conturbas me? Spera in Deo. Psalmus, 42..

(2) ¿Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam et nomen Domini invocabo. Ps. 115, vv. 3, 4.

(3) David compuso el Salterio 11 siglos antes de la venida del Salvador.

(4) Fluminis impetus lætificat civitatem Dei: sanctificavit tabernaculum suum Altissimus. Ps. 45, 5.

(5) Filii tui sicut novellæ olivarum in circuito mensæ tuæ. Ps. 127, 3.

(6) Et erit tanquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo. Et folium ejus non defluet: et omnia quæcunque faciet prosperabuntur. Ps. 1, v. 3.

el árbol que está plantado junto á las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto á su tiempo y su hoja no caerá, mas todo cuanto él hiciere irá en prosperidad; pero atendamos: ¿Quién podrá ser el árbol que dará el correspondiente fruto? S. Ambrosio afirma que es Aquél por medio del cual nos vino la salvación; Jesucristo plantado en el seno de María, tierra virgen y pingüísima.

Por las *aguas* entiende el Agustino, al mismo Espíritu Santo, que formó el cuerpo de Jesucristo en el vientre de María y le regó de santos dones con que brilla el Divino Espíritu. Dió Jesucristo *el fruto correspondiente á su tiempo*, que fueron todas las virtudes que le ennoblecieron y los Sacramentos que publicaron su santidad, omnipotencia y sabiduría, especialmente el del Altar donde muestra los raudales de su amor. Por las *hojas que no caerán de aquel árbol*, juzga el Lirense, (1) ser las palabras de Cristo que permanecen siempre en todo su vigor.

También los cristianos podemos ser semejantes á este divino Árbol y dar el fruto de virtudes correspondientes, si nos nutrimos de sus excelentes frutos: esto es, de la Carne y de la Sangre de Jesucristo.

(1) In scriptura per folia significantur aliquando verba quæ in Christo non fuerunt defluentia sed stabilia. Lira in. Ps. 1. v. 3.



CAPÍTULO XII

Observaciones sobre algunos salmos del oficio del Corpus.

Hasta aquí hemos recorrido aquellos versos de los salmos que expresaban de un modo terminante y literal el dogma eucarístico, considerado, ora en su esencia, ora en sus efectos, ya también en sus propiedades y excelencias; entre éstos, hemos explicado algunos que pertenecen al brillante Oficio del Santísimo Sacramento, cuya forma literal, lo mismo que las demás, predicán sin duda de una manera clara, patente y positiva el Misterio adorable del Altar; empero no hemos dado lugar á otros que, si no en su forma, al menos en su fondo se refieren á la Eucaristía, y hablan muchísimo en su favor. Éstos ocuparán por consiguiente, nuestra atención en el presente capítulo. Debo advertir de paso, que el P. Melchor Prieto dió á luz un tomo en cuarto mayor, con objeto de parafrasear y comentar los salmos del oficio del Corpus. El trabajo en verdad es excellentísimo, pues reviste una erudición portentosa, mas por precisión, como algunos de los versículos de esos salmos aludidos, no pueden referirse directamente al misterio de la Divina Eucaristía, de ahí que el citado autor los refiera en sentido acomodaticio, lo cual ciertamente no perjudica en nada al mérito y á la verdad de la obra. Nuestro intento, empero, es aducir sólo aquellos textos sagrados que, aun-